

LA psiquiatría está atravesando una larga y difícil crisis, simultánea a las de otras ramas del conocimiento dedicadas al hombre, su comportamiento, sus conflictos íntimos y sus conflictos sociales. Es una consecuencia de la pérdida de las normas y de los puntos de referencia que generalmente han acompañado al hombre en toda la aventura de la vida sobre la tierra.

La psiquiatría clásica estaba basada principalmente en normas y en puntos fijos, y ese era su

tanto, de su actuación. Desgraciadamente, este *recyclage* no existe aun fuera de lo profesional. Por el contrario, el hombre recibe en sus primeros años una enseñanza tradicional, una formación, una educación. No solamente en esos años tiene una receptividad mucho mayor, sino que, además, se aplican con él unas ancestrales tácticas de «lavado de cerebro» que van desde la violencia —el azote, el castigo, el encierro— hasta la persuasión. Ese equipaje del cual forma parte ya un gran porcentaje de enseñan-

ciertos trastornos es la causa de lo que llamaremos locura o si, por el contrario, se ha producido tal carencia como consecuencia de la locura que, por alguna razón, ha consumido con exceso tales sustancias. El psiquiatra, el internista mismo, no tienen demasiado tiempo posible para esta averiguación: saben que aplicando la droga puede tener efectos relativamente inmediatos, a veces, en unas semanas. Pero no ignoran tampoco que al cambio del tiempo la situación puede reproducirse, a menos de que el in-

PSIQUIATRIA Y DESCON

sistema de pesos y medidas: un comportamiento ajustado a las normas de conducta podía considerarse como sano, un comportamiento ajeno a ellas requería la intervención del psiquiatra, bien para recuperar el individuo enfermo a la sociedad, bien para separarle definitivamente de ella. Prácticamente, hasta la aparición de Freud —aunque tuviese ilustres predecesores— el desajuste se consideraba como una enfermedad orgánica, muchas veces, heredada; otras, adquirida.

La pérdida de las normas comenzó, digamos, a partir de Galileo o de Paracelso; desde el momento en que la tierra y el hombre dejaron de ser centros del universo. Se ha acentuado últimamente por la acumulación y multiplicación de conocimientos científicos y por la incidencia de éstos en la vida de las sociedades. Un hombre de nuestro tiempo tiene ocasión de conocer en el espacio de su vida más cambios y mutaciones de costumbres y normas de los que antaño podían conocer tres o cuatro generaciones consecutivas. Ha de acostumbrarse a que lo que es verdad hoy, mañana no lo sea; y porque la verdad de hoy no sea tal verdad, sino porque la variación de las circunstancias en torno a las hacen perder su validez y su sustancia. Esto obliga al hombre a hacer un continuo reajuste de su personalidad y de su concepto del mundo en torno; y, a veces, no lo puede resistir.

En numerosos países se implantó ya la técnica del *recyclage*: un profesional debe, cada año, regresar a las aulas para recibir las nuevas enseñanzas, los nuevos datos adquiridos, y también para desprenderse de algunas «verdades» que formaban parte de su formación y, por lo

zas que son inútiles o están sobrepasadas en el mismo momento de ser inscritas, ha de acompañarle toda la vida. Generalmente, no se enseña a pensar, sino a pensar de una determinada manera. Enseñar a pensar sería, a la luz de nuestro tiempo, enseñar a reaccionar o responder a los cambios con que va a encontrarse desde su entrada en la vida.

La pérdida del sistema

En el momento en que todo es cambiante, la psiquiatría pierde su sistema de pesos y medidas. Comienza a dudar de si hay una verdadera frontera entre sa-

dividuo haya podido aprovechar el lapso para cambiar de entorno o para adaptarse a él. Con los «shocks» —eléctrico o insulínico— pasa lo mismo, y se aplican más desde que los relajantes evitan al paciente las convulsiones antiguas. Tampoco se ignora que el «shock» produce una especie de amnesia en la que se borra temporalmente el conflicto, pero con la que se borran quizá otras aptitudes creadoras, otros recursos que podemos llamar naturales para la autodefensa del individuo.

La tendencia al clasicismo conservador aparece en el libro de Mortimer Ostow, «La depresión: psicología de la melancolía»

PABLO BERBEN

lud y enfermedad —desde el punto de vista mental—, y se le pierden las etiquetas con que antes clasificaba a los pacientes. El psiquiatra que quiere estar al día necesita revisar sus normas y sus conocimientos frecuentemente; pero se encuentra ante un paciente que a su vez es víctima de la mutación. Son, por lo tanto, dos puntos móviles que difícilmente se encuentran. Incluso el psicoanálisis resiste hoy difícilmente a su ritmo primitivo, que requiere largos años de entrevistas. En muchos psiquiatras hay una regresión a los métodos clásicos, a los fármacos y al electroshock. Los fármacos, indudablemente, son ahora mucho más eficaces que antes, y la acción química puede ser rápida. Se plantea, sin embargo, la grave duda de si la carencia química de los individuos aquejados de

(Alianza Editorial, con excelente traducción y alguna necesaria nota complementaria de Antonio Escobedo). Ostow trata de recuperar un punto fijo o una norma: la del «orden establecido». No lo eleva a conclusiones generales, como es lógico, porque el «orden establecido» —y las normas de moral, de ética, de costumbres, de comportamiento— es esencialmente distinto en las varias sociedades humanas, sino concretamente a las de su país, Estados Unidos. Ostow, por ejemplo, considera que «los graves disturbios provocados en la comunidad negra» no son ni efectivos ni potentes pruebas de acción social, sino que «se asemejan mucho más a la destructividad del adolescente»: es decir, son resultados de una falta de madurez. La acción de la discriminación, la vida en el *ghetto*, la inaccesibi-

lidad al poder o a la riqueza, en el grupo negro de Estados Unidos, no aparecen en su diagnóstico. La comparación con la adolescencia indica, por supuesto, su condena de los jóvenes, algunos de cuyos grupos «exigen de nuestro gobierno que adopte posturas suicidas en asuntos internacionales».

Tal como lo plantea Ostow, las anomalías mentales se deben a que «en los tiempos que corren falta el miedo al hambre y a la indigencia» y a un «exceso de tiempo libre». Sin duda, considera grave la ausencia de guerra: «La guerra es una experiencia estimulante y bien recibida en poblaciones que se encuentran desmoralizadas y carecen de oportunidades de satisfacción real. El propio llamamiento a la guerra suscita una renovación psíquica. La guerra puede surgir —o, al menos, verse favorecida— por una necesidad interior de renovación, y también, como respuesta a un desafío interior».

No son palabras nuevas. Sin remontarnos a la antigüedad clásica podemos encontrarlas en autores más recientes. En 1915, el futurista Marinetti publicó su panfleto *Guerra sola igiene del mundo*; se sabe que del futurismo nacería el fascismo, de donde el nazismo; y que Hitler y Mussolini harían la exaltación de la guerra en el mismo sentido del profesor Ostow, como renovadora del hombre, como el momento más exaltante del individuo y de la colectividad.

SUELO



Lo que asombra un poco es que casi sesenta años después, y con un cataclismo tan vivo aún en todos como la II Guerra Mundial, provocada por esa actitud de rara higiene, reaparezca en un profesor de Estados Unidos bajo la cubierta de un libro sobre la depresión, y que merezca los honores de la traducción por parte de una editorial tan importante, y con tanta capacidad de difusión como es Alianza. No obstante, estas expresiones y estas doctrinas tienen toda su importancia si las situamos en su contexto. Que es el de la crisis de la psiquiatría y del concepto de norma. Ante los estragos que movimientos tan valiosos culturalmente como el de la antipsiquiatría está causando en los sistemas clásicos, parece una actitud normal, de autodefensa, que está en relación con la multiplicación actual de los fármacos, los «shocks» y las técnicas de aislamiento. Quienes las practican con mayor entusiasmo en esta época probablemente se guardarán de formular conclusiones sociopolíticas tan extremas como las de Ostow, pero, sin duda, obedecen a un mismo conservadurismo; o bien acuden a ellas en una última desesperación de poder recuperar a sus pacientes por otros medios. El extremo de cambiar la sociedad está, naturalmente, fuera del alcance de un médico actuando con sus pacientes.

«El dinero no hace la felicidad»

La idea de que depresiones, melancolías o en el otro extremo exaltaciones, violencias y manías proceda de un exceso de bienestar y de una falta de problemas es mucho más abundante de lo que se cree. Los padres suelen quejarse de que sus hijos mantengan una conducta que ellos consideran amorosa, o al menos atípica, explicando que han nacido ya en la abundancia, que no han conocido las épocas difíciles, que no han tenido que pasar por las mismas dificultades que ellos. Los gobernantes acuden a la misma fórmula. *You never had it so good*, decía hace unos años un gobernante conservador británico —no tengo ninguna seguridad de que fuese Heath— para incitar a que se votase de nuevo por su partido: «Nunca lo habéis pasado tan bien».

Es la misma maquinación por la cual Ostow no entiende la protesta de los negros: «Son más afortunados social y económicamente que en ninguna época anterior, y los disturbios tienen lugar en las ciudades más progresistas, aquellas en las cuales ha prosperado más la comunidad negra». La respuesta a que la agitación se produzca de todas maneras, según el profesor Ostow —además del malestar de la abundancia, además de la ausencia de problemas y de guerras higiénicas—, puede ser «la in-

fluencia de líderes ambiciosos y descarriados, de fracciones egoístas y de grupos en el interior de la comunidad». Es una respuesta que pertenece de lleno al campo de la semántica política, pero que parece escasamente científica.

Toda idea de que la gente se encuentra mal en razón de que se encuentra demasiado bien, tendrá siempre el atractivo de la paradoja. Muchas paradojas han servido para despejar importantes misterios, la mayor parte sirven únicamente a fines puramente humorísticos, y algunas cuantas resultan dañinas. Esta parece que se puede clasificar entre estas últimas. Todo análisis de cualquier situación de malestar y sobre todo cuando aparece con los rasgos de lo que se llama enfermedad psíquica, nos llevará ineluctablemente al hallazgo de unos motivos de malestar (o bien, en la alternativa, a nuestra incapacidad para hallar la razón del malestar); atribuirlo a una situación de bienestar es, indudablemente, aberrante. Lo que puede suceder es que la norma o el punto fijo de bienestar que unos creadores de sociedad —políticos o psiquiatras— consideran como adquirido y como indiscutible no lo sea para una parte de la comunidad, y a veces hasta para el todo, y aun incluso para quienes lo aplican convencidos de que no debe ni puede fallar, y falla hasta en ellos mismos.

Quizá lo que se hace pagar al individuo por una suposición

de bienestar sea una realidad de malestar. En los viejos cuentos infantiles se solía presentar dos personajes opuestos. Uno de ellos era el del joven príncipe abúlico y melancólico que teniéndolo todo a su alcance y a pesar del afecto y el mimo de su poderoso padre, se sentía infinitamente desgraciado. El otro, el antagonista, era el hombre feliz, aquel que «no tenía camisa». Los dos personajes llegaban a encontrarse en algún cuento: alguien recomendaba al príncipe desventurado que buscara la camisa del hombre feliz, y cuando hallaba a éste, se encontraba con que era tan pobre, que no tenía camisa. Este tipo de cuentos forman parte del lavado de cerebro secular, de por lo menos la Edad Media, con tendencia a demostrar que el estado ideal y deseable es el de extrema pobreza (de donde la frase eterna de «el dinero no hace la felicidad») para evitar que nadie sobrepase sus ambiciones. Eran cuentos, naturalmente, inventados por ricos con docenas de camisas, y se comprende fácilmente su papel social. Que la misma moraleja se nos repita ahora y que venga disfrazada de ciencia y de psiquiatría, resulta un poco descorazonador. Sobre todo, cuando se atribuye a los jóvenes que no quieren ir a la guerra de Vietnam, a los negros de los «ghettos», el papel del príncipe que todo lo tenía. ■